

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)



Voluntad popular, ¿de cuándo?

Las peripecias políticas que estamos viendo los españoles en los últimos tiempos, están originadas por los siguientes hechos:

a) Se han destapado unas monumentales irregularidades, producidas bajo el paraguas del poder socialista, que han escandalizado a la opinión pública.

b) Este escándalo ha tenido lugar en el período que media entre las elecciones de 1993 y la actualidad, y en consecuencia, muchas voluntades que en 1993 eran adictas al poder, ahora, en 1995, han desertado y vagan por otras regiones.

c) Las voluntades escandalizadas, que ahora son desertoras, en el año 1993 quedaron registradas legalmente como propiedad electoral del partido socialista.

Desde el punto de vista legal, al partido socialista le siguen correspondiendo todos los votos que obtuvo en 1993. Desde el punto de vista moral, sin embargo, dichos votos se dividen en dos grupos, unos -los de las personas más fieles- que le siguen perteneciendo, y otros -los de las personas escandalizadas, desertoras- que ya no le pertenecen.

d) El partido socialista en el poder, se aferra a la propiedad legal de todos los votos que obtuvo en 1993, ignorando el efecto centrífugo que los escándalos han producido en las gentes. La oposición, por el contrario, hace una valoración real de la situación en nuestros días, y le

adjudica al socialismo, únicamente, los votos que moralmente le corresponden hoy -que son los de sus fieles incondicionales- y no los que legalmente le corresponden según el cómputo de las elecciones de 1993.

En consecuencia con ambas posturas, los socialistas quieren seguir ocupando el poder que legalmente les pertenece, y la oposición quiere que lo dejen, porque ya no están moralmente legitimados para seguir ocupándolo.

La clave de todo este enredo está en decidir si lo legal ha de tener supremacía sobre lo moral, o viceversa.

O dicho de otro modo, si el respeto a la voluntad popular es la base de los sistemas democráticos, ¿qué voluntad popular hay que respetar, la que un día fue, y ahora no es, o la que está viva en el momento presente?. El pueblo tiene derecho a cambiar de opinión, sobre todo cuando se descubren ante sus ojos realidades escandalosas, y tiene derecho a hacerlo día a día, si le place, sin esperar a que pasen unos determinados períodos, arbitrariamente elegidos.

La auscultación cuatrienal de la voluntad popular, permite conocerla con bastante exactitud el día en que se celebran las elecciones, y también el día en que se celebran las elecciones siguientes. Ahora bien, con esos dos únicos datos, malamente se puede saber por dónde anda la voluntad popular durante los mil cua-

trocientos sesenta días intermedios.

Si nuestra clase política, en vez de aferrarse ciegamente a un sistema de auscultación cuatrienal -como es el de las actuales elecciones- elaborase, valientemente, soluciones innovadoras e imaginativas -apoyadas en la moderna tecnología- para realizar una auscultación quasi-continua, el sistema democrático estaría basado mucho más firmemente sobre la voluntad popular viva y real, que sobre una voluntad popular momificada durante varios años.

Lo importante, en democracia, es auscultar y registrar con la mayor fidelidad y frecuencia la voluntad de las gentes. Lo secundario es el método empleado.

Mientras no lleguen las nuevas soluciones del futuro, hemos de convivir con el sistema de elecciones que tenemos actualmente. Ahora bien, el que aceptemos disciplinadamente este sistema, porque está montado así, no nos impide reconocer sus grandes debilidades. Y si reconocemos esas debilidades, hemos de estar dispuestos a aliviarlas con actitudes tales como las siguientes:

a) Distinguir claramente entre apoyo legal, salido de las urnas, y apoyo moral existente en un momento determinado, según se reconoce con la cabeza y con el corazón.

b) En caso de que existan serias dudas sobre el respaldo de las gentes en

una determinada encrucijada política, hay que recurrir inmediatamente a la consulta popular.

Cuando los políticos no saben dónde está el pueblo, deben abrir la ventana urgentemente para mirarlo.

c) En una democracia avanzada, se da más valor a la voluntad popular viva, que a la voluntad popular momificada.

d) La democracia está basada en la cuantificación real y directa de la voluntad popular y, por tanto, esa cuantificación no puede ser sustituida por los resultados de las encuestas, por muy científicas que sean.

e) El pueblo debe hablar más, y los políticos menos.

La tragicomedia política actual está originada por la intencionada confusión entre voluntad popular viva y voluntad popular momificada,

Los auténticos demócratas no son los "demócratas de toda la vida", esclavos de los vicios y tics de la rutina política de nuestros abuelos, sino aquellos que, siendo respetuosos con las esencias del pasado, valoran y respetan las genuinas modulaciones que se producen en la voluntad popular por acción de los impulsos éticos.

(*) Profesor de Investigación